

Carta editorial.

Entornos epistémicos hostiles

Letter from the Editors. Hostile epistemic environments

Nancy Abigail Nuñez Hernández

Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores, Acatlán
Ciudad de México, México | 841877@pcpuma.acatlan.unam.mx
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9874-9751>

Mario Gensollen Mendoza

Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma de Aguascalientes
Aguascalientes, México | mario.gensollen@edu.uaa.mx
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5438-452X>

Marc Jiménez Rolland

Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa
Ciudad de México, México | mjrolland@izt.uam.mx
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0775-1301>

En las últimas décadas se ha vuelto recurrente describir ciertas transformaciones del espacio público mediante un conjunto de categorías que, aunque no siempre son equivalentes, remiten a una preocupación común: charlatanería, desinformación, teorías de la conspiración, pseudociencias, pseudoterapias, posverdad, noticias falsas, ultrafalsos, negacionismo, infodemia y propaganda. Algunas de estas expresiones designan fenómenos con amplios precedentes históricos que ahora se manifiestan bajo nuevas condiciones tecnológicas. Otras buscan caracterizar prácticas discursivas, institucionales o mediáticas que parecen haber adquirido una escala, velocidad de circulación y capacidad de incidencia inéditas. Sin embargo, su interés en la actualidad no se limita a que involucren contenidos falsos o engañosos. Lo que está en juego es la configuración de las condiciones sociales, técnicas, discursivas e institucionales que afectan la posibilidad

Recepción: 14-6-2026 | Aceptado: 18-6-2026
Publicado: 30-6-2026

Acceso abierto

Esta obra está bajo licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC
BY-NC 4.0) <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/deed.es>

Citación:

Nuñez, Nancy, et al. "Carta editorial. Entornos epistémicos hostiles". *Estudios del Discurso* 12.1 (2026), pp. 1-9.

DOI: [10.30973/esdi.2025.11.2.261](https://doi.org/10.30973/esdi.2025.11.2.261)

misma de formar creencias justificadas, evaluar evidencia, reconocer la autoridad epistémica competente, participar en desacuerdos razonables y orientar racionalmente la acción individual y colectiva.

Este dossier parte de una hipótesis general: muchos de los fenómenos que hoy se discuten bajo esas categorías pueden comprenderse mejor si se los analiza no solo como errores, engaños, manipulaciones o fallas individuales, sino como rasgos de determinados entornos epistémicos. El desplazamiento conceptual es relevante. En lugar de atender exclusivamente a unidades aisladas de información —e.g., un rumor, una afirmación falsa, una imagen adulterada, una declaración mendaz, una publicación fraudulenta—, proponemos examinar el conjunto de condiciones en las que los agentes producen, reciben, procesan, validan y transmiten información. El problema no consiste únicamente en que haya contenidos epistémicamente defectuosos en circulación, sino en que los contextos en los que los agentes intentan conocer pueden estar organizados de tal modo que dificulten sistemáticamente el ejercicio adecuado de sus capacidades cognitivas y racionales.

La noción de *entorno epistémico* permite situar el análisis en el nivel de las condiciones de posibilidad de la vida cognitiva. Ningún agente conoce de manera aislada. La formación de creencias, la adquisición de conocimiento y la comprensión dependen de mediaciones sociales e institucionales: testimonio, educación, experticia, procedimientos de revisión, medios de comunicación, plataformas digitales, prácticas argumentativas, formas de autoridad, criterios de evidencia y mecanismos de corrección. La epistemología social ha mostrado de manera insistente que la dependencia epistémica respecto de otros no constituye una anomalía, sino una característica constitutiva del conocimiento humano. Sabemos la mayor parte de lo que sabemos porque confiamos en otras personas, en instituciones, en comunidades disciplinares y en procedimientos que no controlamos por completo.

No obstante, esa dependencia epistémica introduce vulnerabilidades. La confianza puede estar mal calibrada; la autoridad puede ser simulada; la evidencia puede ser manipulada; el desacuerdo puede ser fabricado; las instituciones pueden fallar en sus funciones de validación; las tecnologías pueden alterar la distribución de la atención y de la credibilidad. La dimensión social del conocimiento amplía nuestras capacidades, pero también amplifica los riesgos asociados al error, la manipulación y la ignorancia. Por ello, resulta insuficiente atribuir las patologías contemporáneas de la vida pública únicamente a defectos individuales como la credulidad, el dogmatismo o la negligencia

intelectual. Sin negar la responsabilidad de agentes, resulta necesario examinar las condiciones ambientales que hacen más probable la formación de creencias falsas, la persistencia del error o la pérdida de orientación racional.

En este sentido, la categoría de *entornos epistémicos hostiles* permite designar configuraciones relativamente estables de condiciones cognitivas, afectivas, discursivas, tecnológicas, sociales, económicas, políticas e institucionales que dificultan de manera sistemática que los agentes epistémicos satisfagan normas básicas de racionalidad. Entre otros fines, esas normas se dirigen a maximizar la adquisición de creencias verdaderas, minimizar la formación y conservación de creencias falsas, ajustar los grados de convicción a la evidencia disponible, reconocer fuentes confiables, identificar la autoridad epistémica competente, corregir creencias a la luz de mejores razones, responder al desacuerdo y orientar la acción con base en una representación suficientemente adecuada de la situación.

Nuestra preocupación por la “hostilidad epistémica” está fuertemente inspirada en varios trabajos del filósofo norteamericano C. Thi Nguyen, quien sugiere explorar las maneras en que los rasgos de nuestro entorno explotan algunas de nuestras vulnerabilidades cognitivas. Eso le permite explorar la relación entre agencia epistémica y las señales, respuestas, oportunidades, restricciones e incentivos a los que responde sin enfocarse en las debilidades y defectos de cada agente. En eso contrasta con las explicaciones de corte individualista que se centran en virtudes y vicios epistémicos. Con nuestra formulación, al hablar de *entornos epistémicos hostiles* nos proponemos subrayar un aspecto específico: a veces fracasamos en nuestros fines epistémicos, no porque seamos imperfectos o limitados, sino debido a rasgos de lo que nos rodea. La hostilidad no requiere que todos sus componentes sean intencionalmente diseñados para engañar. Un entorno puede volverse hostil por la convergencia de incentivos económicos, diseños tecnológicos, prácticas discursivas, fallas institucionales, desigualdades sociales y disposiciones cognitivas ordinarias. Tampoco exige que todos los agentes sean víctimas pasivas. La hostilidad del entorno es compatible con distintos grados de agencia, resistencia, responsabilidad y adaptación.

El término “hostil” debe entenderse, por tanto, en un sentido analítico. Un entorno epistémico es hostil cuando aumenta de manera significativa los costos de conocer bien y reduce las oportunidades de corregir, contrastar, deliberar o actuar racionalmente. La hostilidad puede manifestarse como saturación informativa, opacidad técnica, degradación de la confianza, manipulación afectiva, erosión de los criterios de

evidencia, captura identitaria de la creencia, debilitamiento de instituciones de validación, mercantilización de la atención, producción deliberada de dudas, desplazamiento del desacuerdo hacia la polarización o sustitución de la autoridad epistémica por formas carismáticas, tribales o algorítmicamente amplificadas de credibilidad. En cada caso, lo decisivo no es solo la presencia de error, sino la alteración de las condiciones bajo las cuales los agentes podrían identificarlo y corregirlo.

Conviene precisar también qué entendemos por el término “entorno”. Un entorno epistémico no es simplemente el conjunto de contenidos disponibles para un sujeto. Incluye las infraestructuras materiales y digitales por las que circula la información; las instituciones que producen, validan o distribuyen conocimiento; las normas discursivas que regulan la argumentación pública; las tecnologías de registro, archivo, edición y recomendación; los incentivos económicos que premian ciertos modos de visibilidad; los marcos afectivos que vuelven algunos mensajes más persuasivos; las relaciones de poder que asignan credibilidad diferencial a sujetos y grupos; y las prácticas sociales que estabilizan hábitos de confianza o sospecha. Un entorno es, por tanto, un ensamblaje de condiciones que orienta la actividad cognitiva antes de que el agente individual evalúe una afirmación particular.

Esta ampliación del nivel de análisis permite evitar una comprensión excesivamente estrecha de fenómenos como la desinformación o la posverdad. Una pieza de desinformación puede ser refutada; una imagen falsa puede ser detectada; una afirmación pseudocientífica puede ser corregida. Pero un entorno hostil no se agota en esas unidades discretas. Con frecuencia, su eficacia reside en producir condiciones bajo las cuales la corrección pierde fuerza, la evidencia se vuelve sospechosa, la autoridad legítima aparece como interesada y el desacuerdo deja de funcionar como procedimiento de contraste para convertirse en un instrumento de bloqueo de la indagación. Por ello, el problema contemporáneo no consiste únicamente en la circulación de falsedades, sino en la transformación de los mecanismos de credibilidad, prueba, deferencia, memoria y deliberación.

La dimensión cognitiva de estos entornos es fundamental. Los agentes humanos operan bajo limitaciones de atención, memoria, tiempo y competencia especializada. Requieren atajos, señales de confiabilidad, deferencia a expertos y procedimientos de filtrado. Un entorno epistémico hostil explota esas limitaciones cuando aumenta la carga cognitiva hasta hacer inviable la evaluación cuidadosa, cuando introduce señales engañosas de autoridad, cuando vuelve indistinguibles fuentes competentes e

incompetentes, o cuando premia la respuesta inmediata por encima de la suspensión razonable del juicio (e.g., la saturación informativa no produce necesariamente mayor conocimiento).

La dimensión afectiva resulta igualmente relevante. La formación de creencias no se da al margen de emociones como el miedo, la indignación, el resentimiento, la esperanza o la repugnancia. Estas emociones no son en sí mismas epistémicamente defectuosas; pueden orientar la atención hacia daños reales, injusticias o riesgos. Sin embargo, un entorno se vuelve hostil cuando esas disposiciones son sistemáticamente activadas para reducir la complejidad, bloquear la revisión de creencias, convertir a determinados grupos en amenazas o sustituir la evaluación de evidencia por adhesión afectiva. Las economías contemporáneas de la atención suelen favorecer precisamente aquellos contenidos que maximizan intensidad emocional, conflicto y permanencia en la plataforma, aun cuando ello deteriore la deliberación pública.

La dimensión discursiva permite observar cómo la hostilidad se materializa en formas de enunciación, géneros, marcos narrativos, metáforas, oposiciones, estrategias de desacreditación y procedimientos de recontextualización. No se trata únicamente de lo que se afirma, sino del modo en que se configura el espacio de interpretación. Ciertos discursos no buscan persuadir mediante razones, sino establecer gramáticas de reconocimiento y exclusión, fijar enemigos, producir sospecha generalizada o desplazar los términos del debate. Otros convierten la polémica en una estructura de interacción que refuerza posiciones previas y dificulta la inteligibilidad recíproca. La hostilidad discursiva no equivale a la existencia de desacuerdo. Éste puede ser epistémicamente productivo. Se vuelve hostil cuando impide que las partes compartan criterios mínimos de prueba, relevancia y corrección.

La dimensión tecnológica introduce una serie de transformaciones específicas. Las plataformas digitales, los sistemas automatizados de recomendación, las herramientas de producción sintética de imagen y sonido, los modelos de segmentación de audiencias y las infraestructuras de almacenamiento masivo no son canales neutrales. Organizan visibilidades, ritmos, jerarquías, repeticiones y modos de acceso. La opacidad algorítmica, la viralidad, la personalización de contenidos y la posibilidad de producir simulaciones altamente verosímiles modifican las condiciones ordinarias de la prueba y del testimonio. La crisis de la evidencia visual muestra con claridad esta transformación: cuando las imágenes y los videos dejan de funcionar como signos relativamente confiables de presencia o acontecimiento, no solo aumentan las falsificaciones posibles,

también se amplía la posibilidad de negar evidencias auténticas bajo la sospecha de manipulación.

A lo anterior se suma la dimensión institucional. La ciencia, el periodismo, la universidad, los tribunales, los archivos, las agencias estatales y otros dispositivos de validación no son infalibles, pero cumplen funciones indispensables como estabilizadores de la confianza. Cuando esas instituciones se debilitan, se mercantilizan, se burocratizan en exceso, pierden transparencia o son sometidas a campañas sistemáticas de descrédito, la vida epistémica colectiva se vuelve más vulnerable. La crítica institucional es necesaria. Ninguna institución productora de conocimiento debe quedar exenta de revisión. Pero existe una diferencia decisiva entre crítica y demolición indiscriminada de la autoridad. Los entornos hostiles suelen prosperar cuando esa distinción se pierde y toda fuente institucional aparece como equivalente a cualquier emisión interesada, improvisada o fraudulenta.

La hostilidad epistémica también posee una dimensión política. La producción de ignorancia, duda o confusión no es siempre accidental. Puede formar parte de estrategias de gobierno, propaganda, guerra informacional, criminalización de poblaciones, administración de memoria o captura electoral. En estos casos, la dificultad para conocer no es un subproducto secundario, sino una condición funcional para orientar conductas, legitimar políticas, bloquear rendición de cuentas o deteriorar la confianza en adversarios. La hostilidad epistémica se vincula así con formas de poder que organizan entornos donde la verdad pierde capacidad práctica para coordinar la acción pública.

Además, debe señalarse que la hostilidad no afecta por igual a todos los sujetos ni a todos los grupos. Los entornos epistémicos hostiles pueden ser diferenciales y selectivos. Algunas poblaciones son objeto de representaciones sistemáticamente distorsionadas. Otras ven negada su autoridad testimonial. Ciertos grupos son construidos como amenaza mediante discursos racializados, xenófobos, clasistas o sexistas. Algunas comunidades reciben información de menor calidad o se encuentran más expuestas a campañas de manipulación. Del mismo modo, ciertos campos —e.g., salud pública, migración, violencia, memoria, ciencia, identidad, seguridad, democracia— resultan especialmente sensibles a la producción de entornos adversos, porque en ellos la información defectuosa tiene consecuencias directas sobre la acción colectiva y sobre la distribución de derechos, recursos y reconocimiento.

La categoría de *entornos epistémicos hostiles* permite también precisar la relación entre verdad y acción. Las normas epistémicas no son solo criterios internos de corrección intelectual. Formar creencias verdaderas, evitar creencias falsas, calibrar la confianza y reconocer evidencia pertinente son condiciones para actuar racionalmente. Una sociedad que pierde capacidad para establecer hechos compartidos, evaluar riesgos, distinguir a la autoridad epistémicamente competente o sostener memoria pública ve deteriorada la calidad de sus deliberaciones y decisiones. El daño epistémico no se limita al plano cognitivo, pues tiene consecuencias prácticas, políticas y morales. Allí donde se degrada la posibilidad de conocer, se afecta también la posibilidad de responder adecuadamente al mundo.

Esta perspectiva evita dos reducciones frecuentes. La primera consiste en pensar los problemas como simples fallas de alfabetización individual. Sin duda, la educación crítica es indispensable, pero no basta. Los agentes razonan bajo condiciones ambientales concretas, con recursos desiguales y frente a sistemas de producción y circulación de información que exceden ampliamente sus capacidades individuales. La segunda reducción consiste en interpretar toda preocupación por la desinformación, la posverdad o la crisis de evidencia como nostalgia por un pasado epistémicamente amigable. No se requiere idealizar ningún pasado para reconocer que las condiciones contemporáneas presentan configuraciones específicas de riesgo. La pregunta no es si alguna vez existió un espacio público puro, sino qué formas históricas de mediación favorecen o dificultan hoy la vida cognitiva colectiva.

El estudio de los entornos epistémicos hostiles exige enfoques interdisciplinarios. La filosofía aporta herramientas normativas para precisar qué cuenta como daño epistémico, qué normas se ven afectadas y qué concepción de agencia está en juego. Los estudios del discurso permiten analizar las formas concretas de enunciación, recontextualización, polémica, metáfora, legitimación y exclusión. La teoría social y política permite situar esas prácticas en estructuras institucionales, económicas y de poder. Los estudios de medios y tecnología hacen visible el papel de plataformas, algoritmos, interfaces y archivos digitales. La investigación empírica sobre ciencia, comunicación, memoria, migración, violencia o cultura visual permite observar la operación concreta de la hostilidad en casos específicos.

Los trabajos reunidos en este dossier responden a esa exigencia de pluralidad. En conjunto, examinan cómo diversos contextos contemporáneos producen obstáculos, trampas o impedimentos para la formación de creencias justificadas, la evaluación de

evidencia y la orientación racional de la acción. Algunos textos atienden las transformaciones tecnológicas de la evidencia, la automatización de procesos de decisión, la mediación algorítmica y las formas de síntesis digital que alteran el estatuto del testimonio visual y documental. Otros analizan configuraciones discursivas en las que la criminalización, la xenofobia, el odio o la polarización producen comunidades interpretativas cerradas, jerarquías de credibilidad distorsionadas y marcos de comprensión regresivos. También se estudian las fallas de los mecanismos institucionales de validación, especialmente cuando la circulación de información científicamente defectuosa o tardíamente corregida compromete la confianza pública en procedimientos expertos.

El dossier incluye, asimismo, aproximaciones que amplían la discusión hacia la memoria, el archivo, la polémica mediática, la cultura visual, la imaginación social y las formas contemporáneas de subjetivación. En estos trabajos, la hostilidad epistémica no se reduce a la desinformación en sentido estricto. Se manifiesta también en modos de administrar el pasado, de organizar la experiencia sensible, de convertir controversias en dispositivos de polarización, de clausurar futuros imaginables o de producir intensidades afectivas que dificultan la elaboración crítica. Así, los artículos muestran que la vida epistémica se encuentra atravesada por prácticas de registro, representación, circulación, validación y disputa que no pueden separarse de condiciones históricas, institucionales y tecnológicas específicas.

Esta presentación general del dossier propone una cartografía conceptual y analítica de esas condiciones. Pero los textos incluidos en él no presuponen que todos los fenómenos examinados tengan la misma estructura ni produzcan los mismos efectos. Por el contrario, muestran que la hostilidad epistémica adopta formas heterogéneas: puede operar mediante saturación informativa, simulación técnica, manipulación emocional, degradación institucional, burocratización de la memoria, desplazamiento discursivo, criminalización de grupos, debilitamiento de la evidencia o captura de la atención. La unidad del dossier no reside en la homogeneidad de los casos, sino en la pregunta que los articula: en qué condiciones los entornos que habitamos dificultan conocer, confiar, recordar, discutir y actuar de manera racional.

Con ello, la posible utilidad de la noción de *entornos epistémicos hostiles* radica en permitir el análisis conjunto de elementos que a menudo se estudian por separado: contenidos falsos, prácticas de manipulación, infraestructuras digitales, normas discursivas, instituciones de validación, regímenes de memoria, economías afectivas y

relaciones de poder. Nombrar la hostilidad del entorno no implica desplazar por completo la responsabilidad individual, sino situarla en sus condiciones más amplias. Tampoco supone aceptar un determinismo ambiental. Los entornos pueden ser resistentes, rediseñados, regulados o transformados. Pero para ello es necesario, primero, describir con precisión de qué manera vuelven más difícil la adquisición de conocimiento y la orientación racional en común.

Pensar en entornos epistémicos hostiles implica reconocer que la tarea de conocer depende de la habitabilidad cognitiva del mundo social. Allí donde se deterioran las condiciones de confianza, prueba, memoria, autoridad y deliberación, no solo aumenta el error; se debilitan las capacidades colectivas para comprender la realidad y actuar sobre ella. Se busca examinar esas formas de deterioro sin reducirlas a una única causa ni a un único vocabulario. La apuesta es ofrecer una perspectiva capaz de integrar fenómenos diversos bajo una misma preocupación: cómo se organizan, estabilizan y reproducen ambientes que obstaculizan el conocimiento, y qué herramientas conceptuales, metodológicas y críticas necesitamos para identificarlos, comprenderlos y enfrentarlos. **D**